

Primeras lágrimas...

Hace escasas semanas, un encuentro casual con una mujer quién fue hace algún tiempo una madre normal, me recordó con una extraña mezcla de sensaciones que hay momentos en nuestras vidas que soñamos olvidar. Tras dos o tres segundos mirándonos le pregunté - ¿Cómo estás? - y es que hay preguntas que sólo se responden con silencios, silencios que esconden la profunda tristeza de la pérdida de una hija.

En 20 años de profesión, hay pocos momentos en los que la intensidad emocional durante el trabajo haya podido resquebrajar ese intento de coraza que me enfundo cada día delante de mi taquilla. Pero era inevitable que llegara aquel día en que por primera vez las lágrimas no se pudieron esconder tras ninguna excusa.

Chus era una joven enfermera, de esas que terminan la carrera con la intención de transformar su mundo, pero su pijama no lucía el blanco que ella quisiera y su estancia no se limitó a un simple turno de trabajo. Ella vino para irse. Durante esos días, la 502 era una de esas habitaciones en donde antes de entrar cada uno de nosotros respiraba hondo. Pero una vez dentro, su sola presencia impregnaba toda la estancia de una vitalidad indiscutible que te dejaba sumido en una especie de trance y cuyo efecto duraba incluso minutos. Demasiada madurez para alguien de su edad, demasiada entereza para el destino que le acechaba.

La experiencia me dice que el sufrimiento no se ensañó con ella, deleitándonos con sus miradas, sus gestos, sus palabras medidas, su capacidad de profundizar en tu alma... y es que Chus hubiera sido una enfermera excepcional.

Acompañarla hasta el final fue enriquecedor, ocupando un espacio en mi memoria junto a una muy especial sensación de gratitud.

Víctor Cerón
@victoceron